



Domingo F. Sarmiento

Don José Antonio Rojas

I

El tiempo y el teatro en que los personajes históricos figuran valen mucho para su fama. El tiempo y el teatro son a la fama lo que la estación el terreno son a las plantas.

No todo terreno es bueno.

No toda estación es propicia.

Sembrad una semilla en un erial, o un momento antes o un momento después del que la naturaleza ha señalado para que pueda germinar, y nada lograréis.

Echadla oportunamente en un surco preparado, y no tardará en convertirse en un árbol que se cubrirá de hojas, de flores y de frutos, que levantará sus ramas hacia el cielo, que internará sus raíces en la tierra, que desafiará a los años y a las tempestades.

Suponed a un hombre lleno de inteligencia y de actividad, que viva en una aldea miserable, o en una época de ignorancia y de atraso. Es evidente que por más esfuerzos que haga, sus apocados compañeros no podrán comprender sus ideas, no sabrán apreciar sus actos. Si habla, pasará por [169] un loco, un insensato, un iluso, un visionario, o algo peor; si calla, el silencio le confundirá con la multitud que le rodea. No tiene arbitrio para evitar el uno o el otro de esos dos extremos.

Suponed ahora que viva entre personas que participan de sus mismas convicciones, que están animadas de sus mismos sentimientos, a quienes sirve y por quienes estaría dispuesto a hacer algunos sacrificios; estad seguros de que la opinión pública elevará la reputación de ese individuo hasta las nubes, y le hará pasar por un coloso.

¡Es una desgracia nacer en ciertos tiempos!

¡Es una calamidad tener que alternar con ciertas gentes!

Hay hombres que deberían haber venido al mundo un siglo antes o un siglo después de aquel en que existieron para que su nombre pudiera aparecer con brillo en los fastos de la historia.

Don José Antonio Rojas ha sido hasta cierto punto víctima de esa injusticia inevitable de la suerte. La fatalidad le ha obligado a pasar su juventud y su edad madura en Chile,

cuando este país era todavía una colonia de la España. Bajo el régimen despótico en que se ha visto precisado a vivir, ha tenido que ocultar sus principios como herejías, sus virtudes como vicios, sus acciones como crímenes. La fuerza de las cosas le ha condenado a ocuparse en secreto de la felicidad de su patria.

Sin la revolución de la independencia, a la que tanto contribuyó, y que le sorprendió en la vejez, poco o nada se sabría sobre su vida, porque sus servicios habrían quedado ignorados, sus trabajos perdidos, su memoria sepultada en el olvido. Sin ese feliz acontecimiento la biografía de Rojas no se habría compuesto más que de

la fecha de su nacimiento,

la fecha de su matrimonio y

la fecha de su muerte,

que habrían interesado, cuando más, a sus descendientes, pero no a sus conciudadanos.

Entre esas tres fechas se habrían intercalado los datos siguientes:

que don José Antonio Rojas era mayorazgo;

que sus deudos habían tenido mitras, togas y empleos importantes en las iglesias, audiencias y supremos consejos de Santiago, Lima y España;

que desde sus más tiernos años había abrazado la profesión militar y empezado a servir de cadete en el ejército de la frontera en la plaza de Santa Juana;

que después había continuado, siendo capitán de caballería de milicias en Santiago;

que en seguida había llegado a ser ayudante real a sueldo del virrey del Perú Amat, quien le había llevado consigo cuando fue ascendido a aquel virreinato; [170]

que en el Perú había sido promovido al empleo de corregidor de la provincia de Lampara; y por último

que había sido subteniente en el regimiento de la nobleza de Lima, del cual era coronel el excelentísimo virrey, con otras incidencias por el mismo estilo, que vendrían mil cien en esas hojas de servicios que se presentan a un jefe para solicitar un grado o una condecoración; pero no en esa hoja de servicios que se presenta a la posteridad para que nos admita en el panteón de los grandes hombres.

Afortunadamente la lucha franca y abierta contra la metrópoli, en que entró desde 1810, le ha puesto en escena, y ha revelado su importancia. Gracias a las prisiones y destierros que durante ese período tuvo que soportar, su nombre ha figurado en otra parte, que en los libros parroquiales, o en la lápida de su sepultura.

Don José Antonio Rojas merecía ciertamente el honor de ocupar un lugar prominente en nuestros anales. El distinguido chileno cuyo retrato vamos a bosquejar no era un espíritu vulgar. En su juventud había viajado por la Europa, que le había dejado sorprendido con sus ciencias, sus artes, sus monumentos, sus caminos, sus máquinas, su comercio, su industria. El espectáculo de ciudades que encerraban en su seno más población y riqueza que los reinos en que estaba dividida la América, le había abierto los ojos sobre la degradación y miseria de las colonias. La situación deplorable de esas vastas comarcas, tan favorecidas por la naturaleza y tan perjudicadas por la monarquía que de ellas se había posesionado, le había infundido un odio profundo contra ese gobierno que tan mal cumplía su misión. No podía considerar como legítima una dominación que veía en cada una de sus provincias de ultramar una mina que explotar, no una reunión de seres humanos que instruir y civilizar.

La Europa se agitaba entonces en una atmósfera de libertad, de que quedaban impregnados cuantos pisaban su suelo. La revolución francesa estaba próxima. Los tronos bamboleaban; los monarcas llevaban con susto la mano a sus coronas, que no sentían seguras sobre sus sienas. La filosofía del siglo XVIII había invadido todas las cabezas.

Educado en esa escuela, don José Antonio Rojas se hizo un fervoroso partidario de las nuevas doctrinas sociales. La igualdad de todos los hombres y la independencia de todos los pueblos fueron dogmas para él. El derecho divino de los reyes y el derecho de conquista le parecieron patrañas que no merecían refutarse. Estando imbuido en tales máximas, la emancipación de su patria llegó a ser el norte de todos sus pensamientos, el blanco de todas sus aspiraciones, el objeto de todos sus deseos. La justicia y la utilidad estaban de acuerdo para aconsejárselo.

Encontrábase en la península cuando estalló la insurrección de los Estados Unidos contra la Inglaterra. La noticia de ese acontecimiento fue recibida con general aplauso en el continente. La Francia, y aun la España, [171] apoyaron con sus simpatías y sus recursos a los rebeldes, sin que esta última potencia se fijara en las funestas consecuencias que podían resultarle de un paso semejante. ¿Qué habrían contestado los mandatarios españoles a los americanos del sur si estos hubieran querido seguir las huellas de los americanos del norte? ¿Qué razón habrían alegado para oponerse a sus pretensiones?

Los pueblos son más lógicos que sus gobiernos, y obran siempre en el sentido de sus verdaderos intereses. El ejemplo de los Estados Unidos no podía quedar estéril. La España tenía que expiar su falta. Los colonos británicos debían tener imitadores. Cuando Rojas regresó a su patria, traía la persuasión íntima de que los títulos, alegados por los monarcas de Castilla para ejercer dominio sobre América eran falsos, de que la política empleada para mantenerla en la obediencia era absurda, y de que una revolución dirigida a sacudir el pesado yugo que la oprimía no era imposible. El estudio y la experiencia le habían hecho arribar a esas conclusiones.

Las ideas, como las semillas, pueden trasportarse de una región a otra. Depositadas en una cabeza o en un libro, viajan, y han dado muchas veces la vuelta al mundo.

Podríamos nombrar sin temor de equivocarnos el pasajero y el buque que han conducido algunas de las más famosas a países donde antes eran ignoradas. La insurrección de la América es una prueba de lo que afirmamos. Las ideas de libertad e independencia que a principios de este siglo penetraron en las posesiones españolas a pesar del bloqueo intelectual a que éstas se hallaban sujetas, han sido una importación directa de la Europa y los Estados Unidos. Tocale a Rojas la gloria de haber sido uno de los conductores de esa simiente divina que debía dar por fruto la emancipación de Chile. Antes de restituirse a su patria, resuelto a guerrear sin tregua ni reposo contra la autoridad que en ella imperaba, había cuidado de reunir una biblioteca selecta de las mejores obras de filosofía y derecho público escritas hasta entonces, persuadido de que una colección como aquella era la mejor artillería para derribar una dominación que sólo se apoyaba en preocupaciones inveteradas y en falsas creencias.

Pero la dificultad estaba, no en formar una colección de esa especie, sino en introducirla.

Nadie ignora el terror que los libros inspiraban a la metrópoli, las dificultades sin cuento con que embarazaba su introducción, el examen riguroso a que los sometía antes de permitirlos. Si esto lo hacía con los devocionarios y los misales, ¿cómo sería con las obras que bajo cualquier aspecto tuvieran conexión con la política? Las que traía Rojas eran precisamente de esta clase. Habría sido locura esperar que las autoridades hubieran puesto su visto bueno al pie de semejante factura.

En tal apuro cuentan que recurrió a la astucia para hacer pasar aquel [172] cargamento de géneros prohibidos. Alteró los rótulos en el lomo de las tapas. Sustituyó los títulos que habrían podido asustar o parecer sospechosos, por otros muy inocentes, que no hacían recelar de ninguna manera el contenido abominable del libro.

Por expertos que estuvieran los aduaneros de la España en los fraudes de contrabando, la novedad de aquel ardid burló su experiencia y les hizo dejar pasar los libros bajo aquellos falsos títulos, como el poeta refiere que el cíclope Polifemo dejó pasar bajo su mano a los compañeros de Ulises cubiertos con los vellones de sus ovejas.

Desde entonces los enemigos estuvieron dentro de los muros. Eran los guardianes mismos de la fortaleza los que les habían abierto las puertas. No está lejano el día en que tendrán que llorar con lágrimas de sangre su imprudencia.

Junto con los libros introdujo Rojas los primeros aparatos de física y química que han existido en el país. El vulgo, que le veía en un cuarto adornado con estantes, y en medio de máquinas, tubos y ruedas, cuyo objeto no comprendía, se lo figuraba como una especie de nigromántico que mantenía comercio con los seres sobrenaturales. La multitud no le nombraba más que el brujo. Esta circunstancia rodeaba su persona de un prestigio misterioso, que imponía a las gentes ignorantes. La posición independiente en que le colocaban su familia y su riqueza, le salvaba sin embargo de los riesgos que semejante reputación habría atraído sobre la cabeza de cualquiera otro.

El vulgo no andaba descaminado. Rojas era una especie de alquimista, un profesor de ciencias ocultas; pero la piedra filosofal que buscaba no era el secreto de hacer oro; la ciencia que cultivaba no era la que enseña la descomposición de los metales. Trabajaba por la libertad de la América, y deseaba propagar entre los criollos las verdades del derecho público.

Rojas estaba dotado de un carácter audaz y de una voluntad imperiosa. Pertenece a esa clase de hombres que quieren que todo verbo se haga carne, que todo pensamiento se convierta en acción, que toda teoría sea una realidad. El peligro no le asustaba.

Habiéndose puesto en relación durante el año de 1780 con dos franceses residentes en Santiago llamados el uno Berney y el otro Gramuset, entró con ellos en una vasta conspiración, en que se proponía nada menos que levantar el estandarte de la insurrección para fundar a su sombra una república floreciente allí donde existía una colonia miserable. Desgraciadamente los planes se frustraron, la conspiración fue delatada, sus autores fueron apresados.

Berney, remitido a la península para que se sentenciará allá su causa, pereció en un naufragio. Su compañero Gramuset, más infortunado todavía, no tuvo por tumba el océano, sino un calabozo de los castillos de Cádiz, [173] adonde se le había conducido con igual destino, y donde se le dejó agonizando varios años.

La suerte de Rojas fue muy diferente, aunque su criminalidad era la misma. La real audiencia, encargada de sustanciar el proceso, no le llamó siquiera a declarar, a pesar de que su complicidad era evidente, y de que su nombre había sonado en boca de todos los conjurados.

Una razón de estado fue el motivo de esta infracción manifiesta de las reglas judiciales. Deseando evitar a toda costa que se desprestigiara la corona, el supremo tribunal procuró disminuir la importancia de la causa antes que esclarecerla. Mal por mal, quiso más bien dejar impune a un culpable que turbar la tranquilidad del pueblo despertando su malicia. La prisión; de dos extranjeros sin familia y sin hogar podía pasar desapercibida; pero no así la de un hijo del país que tenía una fortuna pingüe, deudos poderosos, amigos influyentes. El seguimiento de un juicio contra tan alto potentado habría causado ruido, y puesto en circulación una idea que nadie debía conocer. La ignorancia es el mejor preservativo para impedir que se cometan ciertos delitos. El crimen de rebelión era de aquellos que debían encontrarse previstos en el código como una hipótesis, pero no aparecer en la sentencia de un juez como un hecho que pudiera realizarse.

El rey aprobó el procedimiento de su audiencia; pero al mismo tiempo mandó que se vigilara con sumo cuidado la conducta de Rejas. En una nota datada en San-Ildefonso a 24 de julio de 1781 don José de Gálvez, ministro de estado, dice a don Ambrosio de Benavides, presidente de Chile:

«También ha resuelto S. M. se prevenga a U.S. reservadamente que esté muy a la mira de los enunciados Rojas y Orejuela (otro de los conjurados) para proceder a asegurar sus personas en el caso de ser sospechosos sus procedimientos, averiguándolos entonces con individualidad y cuidado, y tomando con ellos cuantas providencias regulare oportunas al sosiego y tranquilidad de ese reino.»

Las consideraciones políticas, de la audiencia salvaron al turbulento patricio de un proceso, de la cárcel, del destierro, tal vez de la muerte; pero no salvaron a la España de su ruina. La empresa de contener las ideas es tan insensata como la de impedir a la tierra que gire en su órbita. Dejemos trascurrir algunos años, y veremos de que sirvieron tales precauciones.

II

En 1810 gobernaba a Chile en calidad de capitán general interino el brigadier don Francisco Antonio García Carrasco, quien se había elevado a ese puesto, no en razón de sus méritos, sino de su antigüedad. Pobre era la historia de ese jefe para tan alta dignidad. El orador encargado por la universidad de San Felipe de pronunciar el pomposo panegírico con [174] que se solemnizaba la exaltación de todo mandatario a la silla presidencial, no había encontrado otra cosa que elogiarle, sino que era español, cristiano y blanco, a pesar de haber nacido en África, tierra de bárbaros, de infieles y de negros. No tenía talento ni voluntad, era violento y débil a la vez, mezquino en sus miras e incapaz de elevarse a la altura de su situación. Los hombres de esa especie no sirven sino para hacer detestar la causa que defienden. Un gobernante inepto y arbitrario es el más activo de los revolucionarios. Nadie menos idóneo que el nuevo presidente para regir el país en los tiempos que corrían.

La colonia estaba agitada, los ánimos inquietos. Las noticias que unas en pos de otras tenían de Europa habían alterado esa calma secular, tan parecida a la muerte, que era el estado habitual de los establecimientos españoles. No había nave que abordara a nuestras playas, que no trajera la nueva de los sucesos más alarmantes.

La familia real daba el espectáculo de una desavenencia escandalosa entre un padre y su hijo y de amores adúlteros entre una reina y su privado.

Carlos IV abdicaba después de haber cometido torpeza tras torpeza.

Los franceses habían invadido la península. Fernando VII estaba prisionero. José Bonaparte ocupaba el trono de los Borbones.

Las tropas de Napoleón se habían apoderado de casi todo el territorio español.

Los colonos no quedaron fríos espectadores de esa gran catástrofe, sino que trataron de obrar para no ser sorprendidos por los acontecimientos. La creación de una junta compuesta de varios individuos elegidos por el pueblo para que reemplazara a las autoridades coloniales fue la primera medida en que se fijaron.

Ese proyecto de establecer un gobierno nacional, mientras durara el cautiverio del monarca, fue acogido con entusiasmo por la mayoría de los ciudadanos. Para algunos era el principio de una revolución a cuyo término veían la independencia de Chile. Para otros la imitación de lo que estaba sucediendo en la península, a la cual, según creían era preciso tomar en todo por modelo. Para los más simplemente un medio de deshacerse de Carrasco, a quien consideraban indigno de mandar.

Los españoles europeos experimentados y de previsión fueron los únicos que calcularon de un golpe las funestas consecuencias de este cambio, y resolvieron impedir que se llevara a cabo. La creación de un gobierno nacional les parecía una cosa inadmisibles por dos razones; primera, porque era una innovación, y toda innovación es perjudicial en virtud del principio que dice que más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer; y segunda porque los reformadores manifestaban muy a las claras sus propósitos de trastornos y revueltas desde el instante en que trataban de derribar una autoridad última bajo el frívolo pretexto de la defensa de un país [175] en que no había enemigos que combatir ni traidores que temer, excepto los autores de tan peligrosas novedades. Inútil nos parece advertir que don José Antonio Rojas había sido uno de los más ardientes promotores de esa junta, que tan mal sonaba a los defensores del sistema antiguo. El distinguido patriota cuyo nombre encabeza estas líneas, tenía a la sazón sesenta y siete años y meses, según consta de una declaración prestada por él mismo. Se sentía viejo, y estaba cansado de la inacción. Temía morir sin ver alborear en el horizonte el sol de la libertad. Desde 1780 hasta 1810 no había cesado de predicar sus doctrinas a pesar de la vigilancia con que se seguían sus pasos, del cuidado con que se espiaban sus palabras. La propaganda secreta que con tanto tesón dirigía, había reclutado principalmente sus prosélitos entre los jóvenes, que le consideraban como su maestro. Infante y Vera, para no citar más que a éstos, se gloriaban de ser sus discípulos.

Hacia la época a que nos referimos, la casa de Rojas había llegado a ser un foco de oposición contra las autoridades coloniales, una especie de club político en que se censuraban las providencias del capitán general y se hacían votos por la ruina de la metrópoli. La palabra independencia se pronunciaba también algunas veces.

En mayo de 1810 la agitación fomentada por tan hábiles manos había cundido tanto, que Carrasco temió ser arrastrado por la corriente si no ponía un dique a esa marea que subía, que subía sin cesar. Violento por carácter, la represión y el rigor le parecieron el modo más expedito de cortar esas ideas de independencia y de reforma, que tanto terreno iban ganando. A su juicio bastaba el extrañamiento de tres o cuatro revoltosos para que todo continuara tranquilo, él en la posesión de su empleo, la España en posesión de sus dominios.

Resuelto a proceder enérgicamente contra los innovadores, dispuso que en la noche del 5 de mayo se apresara a don Juan Antonio Ovalle, don José Antonio Rojas y don Bernardo Vera, se les condujera en el acto a Valparaíso, y se les embarcara en la fragata Astrea, que iba a dar la vela para el Perú; todo lo cual se ejecutó puntualmente como lo había mandado.

Aquel atentado produjo efectos muy diversos de los que Carrasco se había imaginado. No todo golpe de estado sale bien. No siempre la fuerza logra sofocar la opinión pública. La prisión de los tres sujetos mencionados, lejos de intimidar, dio bríos a la población. El vecindario de Santiago protestó contra esa tropelía, ofreciendo afianzar la inocencia y conducta futura de los reos. El cabildo hizo otro tanto, pidiendo que no se les juzgara en el Perú, sino en Chile, donde estaban sus acusadores, sus testigos, sus defensores, donde eran conocidos sus antecedentes, donde habían cometido el delito que se les imputaba.

Las autoridades con sus protestas, los ciudadanos con sus gritos, impusieron a Carrasco que asustado por aquella desaprobación unánime, se vio [176] obligado a prometer, no sólo que Rojas, Ovalle y Vera quedarían en el país, sino aun que en breve tornarían libres a sus casas.

La promesa solemne del presidente hizo que la calma y la tranquilidad volvieran a reinar en la capital. Nadie dudaba que el jefe supremo de la nación cumpliría su palabra. La falsedad y la perfidia no podían suponerse en un funcionario de tan alta jerarquía. Entre tanto partió para Valparaíso un oficial, portador de un pliego cerrado. En ese pliego se contenía, al decir del presidente, la orden de que se trajeran los reos a Santiago. Carrasco no hacía en esto más que obrar en conformidad de lo que había dicho.

La noticia se difundió con rapidez por la ciudad. La esperanza animó todos los corazones; la alegría brilló en todos los semblantes. Las familias de los desterrados se prepararon a abrazarlos, sus amigos a recibirlos, la población entera a solemnizar su regreso.

Aquel magnífico programa estaba destinado, como tantos otros a quedar sin ejecución. El júbilo debía trocarse en furor, la fiesta en una asonada.

El 11 de julio, a la seis de la mañana, entraron a escape en Santiago dos correos particulares que Rojas y Ovalle enviaban a sus respectivas familias con el objeto de anunciarles que en aquel mismo instante se les embarcaba en un buque que salía para el Callao.

Carrasco había faltado villanamente a su palabra. Temiendo la popularidad de los tres supuestos delincuentes, había resuelto alejarlos del país; y en vez de mandar que se les condujera a Santiago, había ordenado que se les remitiera para Lima. El miedo le había hecho prometer una cosa y hacer otra.

La perfidia del capitán general llevó a su colmo la efervescencia de los ánimos. La agitación pública, que hasta entonces se había contenido en límites moderados, degeneró en un verdadero alzamiento. El cabildo y la audiencia, colocados al frente de los descontentos, impusieron ley a Carrasco obligándole a pasar por las condiciones más humillantes a trueque de quedar en el poder. Una de esas condiciones fue la libertad de los tres beneméritos ciudadanos a quienes tan indignamente había ultrajado.

Apenas se hubo firmado el decreto en que esto último se disponía, el alférez real don Diego Larrain, encargado de hacerlo cumplir, y muchos jóvenes distinguidos de la capital que voluntariamente quisieron acompañarle, montaron en sus mejores caballos y partieron como el rayo con dirección a Valparaíso. Desgraciadamente llegaron tarde y cuando la nave que debía conducir a los presos había zarpado ya del puerto. Intentaron alcanzarla en una barca, pero no pudieron conseguirlo. En esa nave iban Rojas y Ovalle; Vera había logrado quedarse en tierra a pretexto de una enfermedad.

La partida de esos dos ancianos no restituyó la calma a la ciudad. Las [177] medidas de rigor con que Carrasco había querido conjurar la tempestad que rugía sobre su cabeza, no hicieron más que precipitar su caída. A los pocos días del último atentado perpetrado por ese mandatario, el pueblo, cansado de sufrirle, le obligaba a abdicar.

A fines de octubre de 1810 regresó Rojas de su destierro. Entre su salida y su vuelta habían ocurrido grandes cambios. La pobre colonia que había dejado bajo la férula de Carrasco, español sin otro mérito para mandar que la fecha de sus despachos de brigadier, se hallaba ahora gobernada por una junta compuesta de ciudadanos respetables, que la elección había elevado a ese puesto. La revolución estaba inaugurada, y una era nueva comenzaba para Chile.

La entrada de Rojas en Santiago fue una verdadera ovación. Todos los habitantes salieron a recibirle con músicas y aclamaciones, y le condujeron en triunfo hasta su casa. Le acompañaban, dice el historiador realista Martínez cuyo testimonio no parecerá sospechoso, todos los personajes de primer orden, los cuales venían en carruajes, siendo innumerables los individuos de a caballo que componían su inmensa comitiva.

Hay dos hechos que nos permiten apreciar en su justo valor la importancia de Rojas: la sublevación causada por su destierro y el entusiasmo producido por su vuelta. ¡Feliz el hombre que ha recibido durante su vida tales demostraciones de afecto! No hay remuneración, por espléndida que sea, que iguale a los aplausos de todo un pueblo. La vejez, que nos arrebatara tantas ilusiones; la persecución, que hace flaquear tantos caracteres; la pertinacia del error, que desalienta a tantos corazones, no enfriaron el ardor de Rojas. Restituido a su patria, se alistó en el partido más exaltado, en aquel que pretendía abreviar cuantos trámites se pudiera para obtener en el exterior la independencia, en el interior la libertad. La consideración de su avanzada edad, lejos de calmarle, le hacía apresurar el paso, y tomar el camino más corto para llegar al término a que siempre se había dirigido, temeroso de que la muerte le sorprendiera en el camino. Las ideas de Rojas le mantuvieron lejos del gobierno. Los liberales que llegan a la vejez sin haber triunfado, logran pocas veces subir al poder. Tropiezan con la losa de su sepultura antes de que sea fácil y hacedero lo que en su tiempo parecía difícil o imposible.

Sin embargo, la falta de participación de Rojas en la dirección del estado no le liberó de la persecución. Cuando los realistas volvieron a apoderarse del país en 1814, era un anciano achacoso, a quien no quedaban sino unos cuantos días que vivir. Pero aunque los años y las enfermedades debían ponerle a cubierto de todo insulto, por un presentimiento de los males que le amenazaban, huyó a la aproximación de las tropas de Osorio. Habiendo sido alcanzado por un destacamento, fue conducido a Santiago a la presencia de los jefes vencedores, que conmovidos al aspecto [178] de venerable viejo, le restituyeron la libertad, pero después de haberle despojado de varias alhajas y de algunos miles de pesos que consigo llevaba.

Rojas no siguió recibiendo por largo tiempo semejantes consideraciones de parte de los reconquistadores. A los pocos días, por recomendación especial del virrey de Lima, vio todas sus valiosas posesiones confiscadas, y él mismo fue relegado al presidio de Juan Fernández.

Los padecimientos que tuvo que soportar en esta isla fueron excesivos. La falta de las atenciones que exigía su estado valetudinario le hizo perder la razón. Los soldados de la guarnición, sin respeto a sus canas, le convirtieron en un hazmerreír. Le figuraban espectros, y le atormentaban con toda especie de burlas, no dejándole tranquilo ni aun en el sueño. Ese tratamiento inhumano, impío, reagravó su situación a tal punto, que el mismo Marcó del Pont, el cual ciertamente no se distinguía por lo compasivo, accedió a las súplicas que se le dirigieron para que consintiera en que el noble patriota viniera a morir en Santiago, atendido, por los cuidados de su familia.

El fallecimiento de Rojas siguió de cerca a su regreso de la isla. ¡Qué duerma en paz en la tumba, porque su memoria está protegida por la libertad!

Los servicios que ha prestado a Chile son demasiado importantes para que puedan ser olvidados. El no haber constancia de todos ellos ha dependido de que es imposible probar con documentos auténticos ciertos hechos. No se levanta acta de una conversación entre amigos; no se extiende escritura pública de una conspiración. Si los trabajos de este ilustre patriota, como los de todos los precursores, están rodeados de brumas y misterios, no por eso son menos efectivos. La parte de su vida que se ve al sol, por decirlo así, la que todos conocen, es poca cosa; la que ha quedado en la sombra, la que estamos condenados a ignorar, es bien grande. La época de oscuridad en que ha figurado y la carencia de datos sobre todo lo que hizo para preparar la revolución de la independencia han perjudicado notablemente a su fama. Rojas es como esos astros que situados a una distancia inmensa de nosotros, parecen a la simple vista una nube más bien que una estrella, pero que el telescopio nos muestra en todo semejantes a los demás

que ruedan por la bóveda celeste. Felizmente la razón puede suplir la debilidad de los sentidos y dar a cada persona el lugar que le corresponde en la historia, a cada cosa el lugar que le corresponde en la creación.

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

